

## La inestabilidad social en *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes

## The social instability in *Cinco horas con Mario* of Miguel Delibes

---

IBOU SEYE

Universidad Cheickh Anta Diop

[seyeibou58@gmail.com](mailto:seyeibou58@gmail.com)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6507-8851>

Recibido: 22.02.2021. Aceptado: 11.08.2021.

Cómo citar: Seye, Ibou (2021). “La inestabilidad social en *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes”, *Ogigia. Revista electrónica de estudios hispánicos*, 30: 65-88.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ogigia.30.2021.65-88>

**Resumen:** El presente trabajo pretende analizar los factores y manifestaciones de la inestabilidad social en *Cinco horas con Mario* (1966) de Miguel Delibes. El desequilibrio social, materializado por la fuerte jerarquización, no solo impide la igualdad de oportunidades, sino que favorece una serie de injusticias que acaban por imposibilitar la armonía y la concordia entre los miembros de una misma sociedad. De repente, estas emociones positivas vienen sustituidas por el odio mutuo y tensas relaciones de fuerza que conducen, a veces, a exclusiones sociales y violencias físicas.

**Palabras clave:** Jerarquización; Inestabilidad; Discriminaciones; Intolerancia Injusticias.

**Abstract:** In this work, we will try to analyze the factors and events of the social instability in Miguel Delibes's *Cinco horas con Mario*. The social inequalities, materialized by a strong hierarchical organization, that prevent not only equality between people but also favor lot of injustice which make impossible members of society to live in harmony. Suddenly, these positive emotions are substituted for the mutual hate and stringent relations which cause, often, social exclusions and physical violence.

**Keywords:** Hierarchical organization; Instability; Discriminations; Intolerance; Injustices.

---

### INTRODUCCIÓN

Las densas y escalonadas crisis internas conocidas por España a lo largo del primer medio del siglo XX acaban por acarrear una revolución, incluso una ruptura, en el mundo de las letras. Dicha ruptura se manifiesta por una real voluntad de dar a la literatura un papel actual y social, relegando lo lúdico y lo fabuloso a un segundo plano. De hecho, tanto en la poesía, en el teatro como en la novela, los escritores, sobre

todo los de la posguerra, ponen la sociedad en el centro de sus preocupaciones, desvelan los males y denuncian los vicios. Uno de estos novelistas que se dan a esta empresa realista es Miguel Delibes.

Nacido en Valladolid en 1920, catedrático de oficio y periodista, Delibes se dedica exclusivamente a la literatura después de su dimisión de la Dirección de Publicación del diario *El Norte de Castilla*. A través de *Cinco horas con Mario*, su obra más leída y estudiada, el académico introduce al lector en la realidad más íntima de la sociedad española de posguerra. Entonces, dicha obra de gran alcance técnico y temático, es la pintura de una sociedad cuya inestabilidad resulta de una conjugación de mil factores. El afán realista del autor, tan frecuente en sus novelas, viene ilustrado por Leo Hickey: “Con todo, si Miguel Delibes constituye uno de los valores de la actual novela española, no es fundamentalmente a causa de su técnica. Es por la impresión de realidad auténtica que da en sus obras, por la actualidad de las cuestiones que plantea y el interés humano de sus personajes” (1968: 306).

En el presente estudio, juzgamos necesario analizar la inestabilidad social desde dos ángulos. El primer punto se refiere a la jerarquización que se materializa por el desmembramiento de la sociedad en clases múltiples y desiguales: la clase alta, la media burguesía, los desfavorecidos y los extranjeros. En cuanto al segundo punto, contamos con ver las injusticias que se derivan de tal jerarquización de la sociedad. Estas van de las discriminaciones a la intolerancia religiosa y política, pasando por el favoritismo, la corrupción y las condiciones infrahumanas de vida.

## **1. LA JERARQUIZACIÓN DE LA SOCIEDAD**

Una sociedad jerarquizada es una organización humana cuyos componentes no evolucionan en la misma escala. Pero, si es verdad absoluta que todas las sociedades están jerarquizadas, no es menos cierto que los criterios establecidos para determinar la categoría social de cada individuo varían de una comunidad a otra, de una época a otra. Así fue como, a guisa de ilustración, la teoría marxista del siglo XIX preconizó la existencia de dos clases en la sociedad capitalista, basada en una lógica de dominación económica. Las dos grandes clases de la época fueron la de los obreros o proletarios y la de los industriales o burgueses; siendo la segunda dominada y explotada por la primera. En aquel entonces, el índice de valoración fue de orden material. Tal concepción, en boga en el

siglo XIX, ya no vale en la actualidad. Por el contrario, el esquema es mucho más amplio en la sociedad descrita en *Cinco horas con Mario*.

En realidad, aunque la jerarquización se basa en un sistema de clases, cabe reconocer que el índice de valoración toma en consideración muchos aspectos de la vida. Aquí, el nivel jerárquico no se basa únicamente en la fortuna; sino que se define también por el poder temporal o religioso, la procedencia familiar o geográfica, la raza, entre otros factores. Por consiguiente, la obra refleja una España cuya diversificación viene materializada por una multitud de clases: “Capa o nivel que se considera en la sociedad, al establecer relaciones de igualdad, superioridad o inferioridad, por la riqueza o por la categoría, entre unas personas y otras”, según María Moliner en su *Diccionario de uso del español*.

Sin embargo, siendo la novela una mezcla de ficción y realidad, se puede que la jerarquización aquí establecida no traduzca necesariamente el resultado de un estudio sociológico realizado en el terreno español. Es una categorización hecha según la representación de la sociedad española en *Cinco horas con Mario*. De hecho, no debemos perder de vista esta realidad literaria ya subrayada por el Profesor Robert Escarpit: “La société est d’abord celle du livre, celle que l’univers fictif met en scène, aussi médiante ou allusive que soit la représentation”<sup>1</sup>(1970: 56). En esta representación, hay que establecer cuatro clases que vienen en orden de importancia.

### 1.1 La clase alta

Esta es la rama más importante de la sociedad. Es la clase dirigente, constituida por los gobernantes y sus colaboradores cercanos y directos. Es la élite que se encuentra en las altas esferas tales como los ejecutivos, los delegados de gobierno (Oyarzun y Josechu), los alcaldes (Filgueira y Solórzano); es decir los que tienen altas funciones nominativas y electivas. Se les transfiere todos los poderes para que ejerzan una autoridad fuerte e ilimitada como lo desea Carmen: “Pero siempre debe haber uno que diga esto se hace y esto no se hace y ahora todo el mundo a callar y a obedecer” (Delibes, 1998: 133).

---

<sup>1</sup>“La sociedad es ante todo la del libro, ésta que el universo ficticio pone en escena, por muy mediata o alusiva que sea la representación”. [La traducción es nuestra]

## 1.2. La media burguesía

Viene en segunda posición después de la clase alta, se compone de las capas relativamente acomodadas. Si es verdad que los miembros de dicha categoría social no acceden a las instancias restringidas de decisiones, no es menos cierto que logran cubrir sus necesidades fundamentales, gracias a sus funciones remuneradoras. En *Cinco horas con Mario*, la media burguesía está representada por los catedráticos de instituto Mario y Esther, el hombre de negocios Paco y la protagonista Carmen. Sus miembros desempeñan, en su mayoría, papeles profesionales y económicos.

Por añadidura, dicha clase, tal como se presenta en la obra, es tan cerrada y selectiva. Por ende, para acceder allí, hace falta cumplir con ciertos criterios. Uno de estos es el factor hereditario o sanguíneo, como es el caso de Carmen (procedente de una ascendencia acomodada). Al lado de este factor ya citado, se encuentra un elemento esencial: la cultura. En efecto, los amplios conocimientos abren las puertas para acceder a las clases medias. Pero, este punto merece una atención particular, en la medida en que, el saber o la cultura intelectual tiene que asociarse con un papel social rentable, por no decir decente. De no ser así, los conocimientos, por muy sólidos que sean, carecerán de utilidad. Otra posibilidad para ingresar en este círculo es lo que se llama en Sociología *Movilidad Social Vertical* (Cantero y Williamson, 2009). Esta ocurre, “cuando los individuos cambian de estatus y se desplazan de un estrato social a otro, ya sea en sentido ascendente o descendente de la escala social” (32). Es exactamente la proeza realizada por Paco, desde el ángulo positivo. En realidad, este hijo de “una familia artesana” (Delibes, 1998: 102), antes apodado “el Obrero” (Delibes, 1998: 103), logra operar su propia ascensión socioeconómica, haciéndose hoy hombre de negocios. Unos criterios para ingresar en dicha clase social vienen resumidos por Amparo Medina-Bocos, en los siguientes términos: “A este círculo se tiene acceso en virtud del dinero poseído, si se tiene un cargo de importancia, o si se ha adquirido un “status” más elevado por medio de los estudios realizados”. (1989: 98)

Además, en la media burguesía, los personajes establecen códigos casi convencionales y distintivos cuya finalidad es diferenciarse de los desfavorecidos: es el culto a las apariencias. De hecho, el coche, repitámoslo, más allá de ser un mero medio de transporte, se vuelve una garantía para pertenecer y mantenerse en dicha clase social. He aquí una perfecta explicación de la insistencia de Carmen en tener un Seiscientos,

ya que este le permite “corresponder con los amigos” (Delibes: 1998: 44), según sus propias palabras. Otro código social instaurado es la ropa, la manera como uno debe vestirse. En efecto, a simple vista, la gente puede ser capaz de adivinar la pertenencia social de tal o cual individuo, para darle el trato o reconocimiento que conlleva su estatus. Es lo que deja entender la reprocha de Carmen a su marido: “Cada cual debe vestirse según su clase, y un señor es siempre un señor, y es otro respeto y otra consideración [...] pero si vas por la calle de cualquier manera, con las solapas subidas y una boina en la cabeza, ¿quieres decirme en qué te diferencias de un peón y con mayor razón si es de noche?” (Delibes, 1998: 212) Aun el perfume utilizado y el cigarro fumado son elementos distintivos.

Entonces, si la clase alta se distingue por su poder, la media burguesía se caracteriza por su confortable situación social, su estabilidad financiera. Así pues, son dos clases tan vinculadas y cercanas que Carmen les da la misma calificación: “La gente bien” o “Los hombres importantes” (Delibes, 1998: 43 y 182 respectivamente). Entre ellas reina la perfecta armonía, con, por supuesto, algunas excepciones. El proceso de la unificación de las dos clases, intentado y defendido por Carmen, se evidencia en la siguiente explicación de Amparo Medina-Bocos:

Dentro de la sociedad provinciana en que se mueve Carmen, la “gente bien” son las familias estupendas, conocidas de toda la vida, familias a las que suele designarse en el lenguaje diario como los Tales o los Cuales. Por lo común, se trata de “familias muy estupendas” o de “personas muy influyentes”, la “gente pudiente” en una palabra. (1989: 98)

Al lado de ambas clases se encuentran otras, cuya descripción nos permitirá resaltar los grandes abismos que las separan.

### **1.3. Los desfavorecidos**

Al hablar de los desfavorecidos, nos referimos a la capa más representativa de la trama. Capa compuesta del resto de la población nacional. Si se los llaman desfavorecidos, es porque no viven en la opulencia, ni disfrutan de los recursos nacionales como las dos clases que acabamos de estudiar. Constituyen, por lo demás, una clase social muy diversificada, ya que sus miembros proceden de diferentes esferas y evolucionan en diversos sectores. Por ejemplo, los campesinos permanecen en el pueblo, dedicando su labor a trabajar la tierra; mientras

que las criadas depositan sus maletas en la ciudad, dándose al servicio doméstico. Otros, con menos movilidad, viven encerrados, ora en las cárceles (los presos), ora en los manicomios (los discapacitados mentales). No obstante la diversidad ya aludida, todos tienen el común denominador: evolucionan en la baja escala social donde la pobreza y la promiscuidad son sus compañeras diarias. De repente, se vuelven el pariente pobre del sistema. A decir verdad, son gentes condenadas a padecer desesperadamente por el sistema social que declina cualquier responsabilidad, como veremos en las páginas siguientes.

Al lado de estas tres categorías, cuyo denominador común es el de ser españolas, figura una cuarta que se ilustra por cierta especificidad.

#### 1.4. Los extranjeros

El sitio otorgado a los extranjeros en la escala social española no debe ser sorprendente. Como ya queda perceptible, es una clase social cuya especificidad radica en el hecho de que los que la componen no son nativos de España. Con otras palabras, a diferencia de las tres primeras clases, estos personajes son de nacionalidades extranjeras que viven en el territorio español. Entonces, ¿cómo podemos evitar elevarlos al grado de clase social, dada su presencia constante y activa en *Cinco horas con Mario*? Pero, en el mismo óptico, pierden el rango social que tienen en su tierra de origen, para no enarbolar sino el estatuto de extranjeros, por así decirlo.

Como los desfavorecidos, los extranjeros vienen de horizontes diversos. Así es como notamos la presencia de los estudiantes nro-americanos, los turistas franceses y los soldados italianos como Galli Constantino. Este, venido a participar en la Guerra Civil, ofende la honorabilidad de la familia de Carmen, al dejar preñada a la hija menor, Lucia. Una ocurrencia juzgada “peor que la misma muerta” (Delibes, 1998: 149), en palabras de Carmen.

Pero, el extranjero más activo y aludido en el monólogo permanece don Nicolás, colaborador de Mario y subdirector del periódico *El Correo*. Se le acusa de influir a los lectores con ideas nuevas y anticonformistas, capaces de atentar contra el orden social y la concordia nacional. Carmen no falta de incriminarlo al sostener: “Ya me conozco la teoría de don Nicolás, «en el mundo actual, un escritor o es crítico o no es nada», palabras y nada más que palabras, que el caso es embaucar a la gente joven, carne de cañón ni más ni menos”. (Delibes, 1998: 122)

Ahora, queda claro que el desmembramiento social y las diferencias de pareceres no son fenómenos específicos para España. Entonces, ¿por qué puertas pasan las injusticias para implantarse en la sociedad española? La brecha hacia la inestabilidad empieza a abrirse una vez que los extranjeros no benefician de una acogida calurosa; cuando los desfavorecidos sufren los peores tratos; cuando algunos individuos, por su visión o sus prácticas, están en el punto de mira de la sociedad, sola responsable de estas injusticias.

## 2. LAS INJUSTICIAS SOCIALES

La palabra injusticia se refiere, a menudo, a actos o dichos contrarios a la justicia y perpetuados por ciertos individuos hacia otros. Pero, el análisis de la (in)justicia en *Cinco horas con Mario* nos obliga a salir del medio de los tribunales y otras cortes, para clavar nuestra mirada en el ambiente social. Recordemos que no se trata de injusticias padecidas por tal o cual individuo, sino por una capa social determinada; los responsables no son sujetos personalizados, sino un grupo social preciso. Así que la responsabilidad individual desaparece dejando el paso a la colectiva. Por ejemplo, en la presente parte, Carmen ya no se presenta como la viuda de Mario, sino que toma la postura de la máxima representante de la media burguesía. Por eso, los personajes a quienes alude Delibes en la narración, que sean víctimas o verdugos, no son más que muestras de sus clases de origen. Delibes parece apropiarse de este esquema narrativo, ya que sus novelas se refieren “a todo un sector o grupo, a varios, o a la totalidad de la sociedad, pero, en cualquier caso, los incidentes y los personajes son de carácter colectivo”. (Gil Casado, 1975: 66) Además, la obra es mucho más que una crítica de individuos; es, en realidad, una denuncia de ciertos comportamientos y actitudes.

Entre otros responsables de las injusticias multidimensionales, podemos destacar a los poderes político y religioso, y el patronal. A través de su conducta hacia el prójimo, Delibes dibuja un cuadro sombrío de una sociedad donde la dignidad humana es pisoteada; la integración, difícil. De hecho, la novela pasa a ser una tribuna “donde se cuestiona el sistema social, político y religioso de la España [...] de los sesenta”. (Alcalá Arévalo, 1991: 246)

## 2.1. Las discriminaciones

Del latín *discriminare*, la discriminación es, según la definición propuesta por *El Gran Diccionario de la Lengua Española*, “un trato de inferioridad que, en un país o comunidad, se da a una minoría o a ciertos miembros de ella por motivos raciales, religiosos, políticos o sociales”. Vale la pena añadir a estas cuatro razones una quinta: la relacionada con la nacionalidad. De una manera más precisa, las discriminaciones destacadas en el agitado mundo de *Cinco horas con Mario* se resumen en los siguientes fenómenos: la xenofobia, el racismo, la exclusión social o marginación.

La xenofobia se manifiesta por cierto miedo hacia el extranjero. Más arriba, hemos sugerido que los extranjeros, por su presencia activa en el monólogo de Carmen, se transforman en una verdadera clase social. Llegados a España con visiones y prácticas nuevas, son considerados como gente perjudicial para la sociedad, ya que constituyen una amenaza cultural y religiosa. Este pesimismo y el recelo por el mundo exterior hacen que los extranjeros sufran violencia verbal y moral que hace su estancia arriesgada e irregular. Carmen va al grano al declarar:

Ya lo ves en España, todos católicos y católicos a machamartillo, que hay que ver qué devoción, no como esos extranjeroates que ni se arrodillan para comulgar ni nada, que yo sacerdote, y no hablo por hablar, pediría al gobierno que los expulsase de España [...] Todo esto de las playas y el turismo, por mucho que tú digas, está organizado por la Masonería y el Comunismo, Mario, para debilitar nuestras reservas morales. (Delibes, 1998: 131)

Otra forma de discriminación notada en la sociedad es el racismo. Pero, ¿qué es esto? Parece muy fácil llegar a un consenso cuando se trata de definir el término racismo: “Ideología que afirma la superioridad de un grupo racial respecto a los demás y que preconiza, en particular, la separación de estos grupos dentro de un país, por segregación racial, e incluso su eliminación”, según *El pequeño Larousse Ilustrado*. Entonces, no cabe duda de que el racismo es siempre un sentimiento de dominación basada en la raza, un rechazo a la mezcla, una costumbre de tratar a ciertas especies humanas como animales salvajes. Sin embargo, ¿debemos nosotros dar crédito a tal enfoque generalizador? ¿No es la raza negra la gran víctima de este fenómeno, si no es la única? Sea lo que sea, la realidad histórica y contemporánea no deja de demostrar que, en

los terrenos de fútbol, en las universidades, en los autobuses, en las empresarias..., son los negros las únicas víctimas de tratos racistas. Lo cual lleva, hoy en día, a SOS Racismo y otros organismos internacionales a utilizar modismos tales como “negrofobia” y “racismo anti negro” para denunciar los ataques racistas o el militantismo racial. *Cinco horas con Mario* corrobora perfectamente esta tesis, como veremos luego.

Al oír a Carmen hablar, tenemos la impresión de que el negro es un ser sin civilización, quien representa al hombre natural caracterizado por su brutalidad. Su pasado histórico y su condición de existencia le colocan al margen de la humanidad. Por eso, sus visiones e ideas no deben contar, ya que es de otra especie. Para defender su argumento, Carmen cruza la Mediterránea, dando un hiriente testimonio sobre el hombre típico africano, no menos primogénito de la humanidad. Veamos su pobre concepto: “hasta los negros de África quieren ya darnos lecciones cuando no son más que caníbales” (Delibes, 1998: 76). ¿Visión racista o historia errónea de África?

Vistos estos datos deshumanizantes, verdaderos o falsificados, el sistema social deduce que no debe haber forma de igualdad entre las razas blanca y negra, menos aún fusión o colaboración equitativa entre ambas. Así, aterrorizados por la presencia de los estudiantes negro-americanos en las universidades españolas, ciertos defienden que el negro ni debe tener derecho a estudios superiores, ni a un oficio profesional en una sociedad que se respeta. Su papel clásico, su misión histórica y cartesiana es la de servir. Por añadidura, su espíritu no es compatible con la intelectualidad. Total, según la sociedad representada por Carmen, como sus antepasados, “Los negros, no hay más que fijarse un poco, están hechos de otro barro, para otra clase de oficios, la caña de azúcar y así, que lo más, boxeadores, cualquier cosa, el caso es a lo bruto” (Delibes, 1998: 224). ¿Es el negro un esclavo eterno?

Además de los extranjeros, negros o no, los autóctonos, si se les puede llamar así, sufren la discriminación que toma otra forma: la marginación. Esta aparece bajo dos ángulos: una impuesta y otra ideológica. Por marginación social impuesta, entendemos “el proceso por el que una sociedad rechaza, extraña de sí misma, a unos determinados individuos, desde la simple indiferencia [...] hasta la represión o reclusión”. (S.E.S.C.E.C.A., 1978: 109) Las principales víctimas de este fenómeno son las criadas, los antiguos presos, las prostitutas, etc. Por lo que respecta a las criadas, llevan una existencia difícil en la casa, viviendo separadas del resto de la familia. La Doro, prototipo de la

mujer-sirvienta, vive casi en una prisión doméstica. En efecto, se ve enclaustrada en la cocina, sin posibilidad de acceder al salón o participar en las discusiones. No solo se siente subestimada, sino que Carmen, su ama, la humilla permanentemente, aun en los momentos de luto. De hecho, al manifestar su desconsuelo tras la muerte de Mario, la Doro tropieza con la reacción insolente de Carmen: “«No quiero escenas, Doro, ¡guárdese las lágrimas para mejor ocasión!» Resulta inmoral que le llorasen las criadas [...]. «¿Es que no me oyes?» Y la Doro se retiró a la cocina sonándose ruidosamente y secándose los ojos” (Delibes, 1998: 20).

En cuanto a los antiguos presos, una vez excarcelados, tienen que enfrentarse a otra realidad. En efecto, apenas acaban de purgar su pena cuando la sociedad les reserva otra acogida. Así, de la jaula, aterrizan a otra prisión: la social. El recelo acaba por ganar a las familias que, a su vez, no encuentran otra alternativa sino la de abandonar a estos individuos constituidos, entre otros, de delincuentes y drogadictos. Por lo tanto, confrontados a la falta de reinserción social, fijan su domicilio en la calle, engrosando las filas de los sin techos. Carmen justifica el rechazo social al considerar a los ex-prisioneros como individuos “malos por naturaleza y nada más” (Delibes, 1998: 167). Además, su situación no la deja preocupada, como lo confiesa: “Bueno, pues como quien oye llover, que estaban en la calle, lógico, a ver dónde iban a estar, y suerte para ellos, hijo, que deberían pudrirse en la cárcel” (Delibes, 1998: 167).

Tocante a las prostitutas, se dan a prácticas nocturnas nada apreciadas por la sociedad. Una vez que abrazan la *vieja profesión*, pierden toda consideración social. Lo peor es que, al desprecio, se añaden duras violencias verbales procedentes, a menudo, de las demás mujeres. Estas se muestran intolerantes hacia las *mujeres de la calle* quienes, según piensa Carmen, desacralizan a la gente femenina, manchando su imagen. De allí, este juicio:

Que bueno está Madrid, hijo, una vergüenza, que a partir de las ocho hay más fulanas por las calles que personas decentes, [...] que yo [...] las hubiera pintado de colores bien chillones para que nadie se llamase a engaño, y a las pelanduscas las hubiese encerrado allí, pero a cal y canto, ¿eh?, que no pudieran ver ni la luz del sol, que no merecen otra cosa. (Delibes, 1998: 200)

Pero, al lado de esta marginación dicha impuesta, encontramos otra mucho más manifiesta en la trama: es la ideológica, fruto de una rebelión interna. En efecto, los personajes aquí marginados se distinguen de los de la primera categoría, en la medida en que pertenecen a las clases acomodadas. A menudo, son intelectuales como Mario “quienes, rechazando conscientemente los valores y normas de una determinada sociedad, se automarginan”. (S.E.S.C.E.C.A., 1978: 109) Como es de esperar, la consecuencia directa de esta actitud disidente es el quebrantamiento de los lazos sociales. Una de las explicaciones de la exclusión, o autoexclusión social, radica en el hecho de que la sociedad, sobre todo la burguesa, se cree poseedora de una verdad absoluta e irremediable, exenta de crítica o mejora. Así, siendo este mundo un universo *perfecto*, el que se atreve a ponerlo en tela de juicio tiene que atenerse a una sanción colectiva. De hecho, las repercusiones de lo que la sociedad considera una ofensa al orden establecido vienen resumidas por Monique Joly:

Dans «*Cincohoras con Mario*», au sein d’une société bourgeoise, urbaine et provinciale, le marginal est plus concret: c’est l’intellectuel, issu de cette classe sociale mais décidé à la contester. Face à lui, la société va agir de façon complexe, à divers niveaux. Il y’a d’abord toutes les escarmouches psychologiques, morales, politiques, spirituelles, dont Delibes dresse le catalogue anecdotique, qui visent à isoler Mario et que sa mort symbolise<sup>2</sup>. (1979: 264)

El régimen político se vale de su potencia e influencia para enfrentarse a los intelectuales disidentes. Allí es donde radica el recurso al favoritismo y a la corrupción.

## 2.2. El favoritismo y la corrupción

En una sociedad en la que la igualdad de oportunidades y el culto al mérito no son la regla de oro, es perceptible y comprensible que se

---

<sup>2</sup>“En «*Cinco horas con Mario*», en el seno de una sociedad burguesa, urbana y provincial, el marginal es más concreto: es el intelectual, procedente de esta clase social, pero decidido a contestarla. Frente a él, la sociedad va a actuar de manera compleja, a diversos niveles. Primero, hay todas las escaramuzas psicológicas, morales, políticas, espirituales, cuyo catálogo anecdótico dibuja Delibes, que pretenden aislar a Mario y que simboliza su muerte”. [La traducción es nuestra]

siembren los gérmenes del favoritismo y la corrupción que, a su vez, se erigen en núcleos de las relaciones entre gobernantes y gobernados.

Basándonos en *El Larousse Universal Ilustrado*, diremos que el favoritismo no es sino el “Abuso de los favores y los favoritos”. Dicho de otra manera, el favoritismo es un modo de actuar caracterizado por la preferencia o parcialidad en la toma de las decisiones. Por consiguiente, la amistad, el parentesco, las consideraciones afectivas y los intereses políticos dominan a cualquier otra virtud como el mérito, la carrera, el perfil, etc. Así que los más privilegiados, los que alcanzan más rápido su meta son, por supuesto, los que tienen buenas relaciones con los poderes políticos y administrativos: es “el estar amable con la autoridad” (Delibes, 1998: 145), eslogan social revelador de una política oligárquica.

En cuanto a los que manifiestan su desacuerdo con el sistema, el Gobierno “los va a pisotear, los va a pulverizar, les va a cerrar todos los caminos” (Soldevera Durante, 1982: 309), impidiéndoles beneficiarse de ciertas oportunidades. A Mario, por ejemplo, pese a su estatuto de funcionario (recordemos que es catedrático de oficio), se le niega el alojamiento de función a beneficio de otros con el grado inferior. Esta decisión partidista es el fruto de la oposición de Mario a la conducta de la autoridad. Oposición manifestada a través de sus acerbas crónicas en el diario *El Correo*. Estas prácticas, al dejar al descubierto la mala política social del régimen franquista, influyen, claro, en la mentalidad de la gente. Carmen no tarda en confesar, recurriendo a su difunta madre: “En la vida, vale más una buena amistad que una carrera” (Delibes, 1998: 146).

Anteriormente, hemos hablado de exclusión o rechazo social como medio para debilitar a los que el sistema sociopolítico considera como sus detractores. Pero, cabe admitir que el primer recurso del régimen para poner fin a las críticas y los reproches virulentos y fastidiosos permanece, no la relación de fuerzas, sino la corrupción o el chantaje. A menudo, son los agentes jurídicos y administrativos los que se ven acusados de corrupción, por haber aceptado cometer actos moral y legalmente inadmisibles, mediante cierta suma de dinero o cualquier otro tipo de regalo. Pero, en *Cinco horas con Mario*, el lector asiste a una inversión del esquema. Es el propio gobierno, mediante sus representaciones, el que se da a esta práctica malsana: es la corrupción gubernamental. Tal práctica que determina las relaciones entre gobernantes y gobernados se transforma en una realidad instrumentalizada, como lo subraya Fernando

Larraz: “En este sentido, *Cinco horas con Mario* refleja perfectamente los mecanismos de una sociedad cuya armonía se basa en la aceptación común de la corrupción” (2009: 216). De hecho, en vez de utilizar los bienes públicos para aliviar los sufrimientos de las poblaciones, el gobierno los transforma en instrumento para cerrarles la boca a los que molestan: es el llamado “precio del silencio”. (Delibes, 1998: 172) Por eso, ante las crónicas severas y revolucionarias de Mario que empiezan a suscitar el despertar de las masas, las autoridades intentan corromperlo, prometiéndole un cargo de Concejal en el Ayuntamiento.

Sin embargo, las tentativas del gobierno no son siempre recompensadas, a causa del compromiso de algunos observadores sociales. Por ejemplo, gracias a su capacidad de resistir a las fuerzas exteriores y su desinterés por los bienes materiales y mundanos, Mario acaba rechazando la oferta tentadora, al preferir dedicar “su energía en luchar contra los males de la sociedad” (Rodríguez, 1979: 76-77) con el objeto de erradicar las condiciones infrahumanas de vida.

### 2.3 Las condiciones infrahumanas de vida

*Cinco horas con Mario* es la fotografía de “un mundo que [se] percibe como injusto, imperfecto e insolidario”, (Rodríguez, 1979: 76) en la medida en que, quitando una minoría que vive en la opulencia, todos se empeñan en una verdadera lucha por la supervivencia. Allí, la vida no es nada bella. Por el contrario, lo que normalmente debe ser una necesidad se transforma en un lujo, debido a la casi imposibilidad de llevar una existencia adecuada: es el principio de las condiciones infrahumanas de vida. Entonces, ¿cómo se puede explicar el hecho de que exista en una misma sociedad, dicha organizada, tales disparidades? Y ¿qué decir del orden social? Éste, tan alabado y defendido por Carmen, no deja de mostrar sus límites si nos basamos en la siguiente conclusión resultante del *Servicio de Estudios Sociológicos de la Confederación Española de Cajas de Ahorros (S.E.S.C.E.C.A.)*:

El orden social, necesario por un lado, puede llegar a ser, sin embargo, injusto e inadecuado en algunas ocasiones, por ejemplo:

- Si los valores y pautas de comportamiento están deshumanizados o son excesivamente competitivos o utilitarios...
- Si los valores y normas de la sociedad están impuestos por una minoría en función de sus intereses. (1978: 108)

Es exactamente este egoísmo, digamos, la concentración de los bienes entre las manos de una minoría la que explica la mala distribución de las riquezas en *Cinco horas con Mario*. De hecho, el análisis de las condiciones infrahumanas de vida nos obliga a salir del *perfecto* mundo de la minoría burguesa, o digamos, del paraíso terrenal, para adentrarnos en las demás esferas sociales, única alternativa para ir al descubrimiento de la trágica realidad social en la España franquista. Tal empresa exige un viaje a los rincones más hondos y menos aludidos de la sociedad. Así es como vamos a recorrer los universos carcelario, doméstico, laboral, sin olvidarnos de echar una mirada a los manicomios donde la cotidianeidad de los discapacitados mentales deja mucho que desear. La miseria de estas capas sociales, fruto de la difícil existencia, viene descrita en las crónicas del difunto Mario.

Pero, antes de seguir nuestro análisis, nos parece prudente dar algunas aclaraciones para evitar probables ambigüedades. En efecto, el lector menos advertido caerá fácilmente en la equivocación si no distingue, de entrada, la diferencia entre la marginación social y las difíciles condiciones de vida. En realidad, en el subcapítulo que trata de las discriminaciones, notamos que no solo los desfavorecidos están marginados, sino también algunos intelectuales procedentes de las clases acomodadas. La realidad se manifiesta de otra manera, cuando hablamos de las difíciles condiciones de vida. Los que viven en la miseria social ni tienen profesiones estables, ni sueldos reconfortantes. De modo que en este estudio, nos centramos en la cotidianeidad del bajo pueblo.

Una penetración en el mundo carcelario permite descubrir el trato inhumano reservado a la población reclusa. Además de estar privados de su libertad (cosa comprensible), estos presos pierden todo favor o dignidad. Las difíciles condiciones de detención se explican, en parte, por la superpoblación carcelaria que resulta de una falta total de política de humanización en las prisiones. Por consiguiente, los presos se ven confrontados al frío, a la promiscuidad, a la mala alimentación, incluso al hambre. ¿Tortura enmascarada? En cuanto a los discapacitados mentales, están encerrados y olvidados en los manicomios: otros lugares de alienación. Viven en situaciones de extrema precariedad impuestas por la sociedad, que muestra cierta indiferencia por su suerte. A decir verdad, son como muertos vivos, por ser tratados con una inhumanidad indescriptible. En una palabra, estas criaturas ni merecen pena o compasión, como lo podemos ver en esta aseveración de Carmen: “Emplear un dineral en un manicomio nuevo es una sandez [...] Si están en los

manicomios es porque están locos y si están locos es porque no se enteran de nada, ni sienten ni padecen, se creen que son Napoleón o el mismo Dios en persona y tan felices, a ver” (Delibes, 1998: 171). ¿Es el manicomio una basura humana?

Si la miseria, vigente en los lugares de privación de libertades de moverse, es poco visible, por ser limitado el acceso al público; la realidad es otra en otros dominios sociales. Los que sufren aquí siguen gozando de su libertad de ir y venir; son mental y físicamente aptos, y disfrutan de buenos antecedentes penales. Con palabras más precisas, son los que trabajan, de manera informal, bajo la autoridad de otros personajes. Disponiendo de su fuerza para vivir, los peones no sólo trabajan en condiciones extremadamente difíciles, sino que cobran sueldos irrisorios y humillantes: es la explotación del hombre por el hombre, una vieja realidad laboral tan denigrada desde el siglo XIX por Karl Marx. La consecuencia directa de esta explotación es la imposibilidad por parte de la clase obrera, sin seguro ni cobertura sanitaria, de satisfacer sus necesidades y las de sus familias. Además, viven en la angustia de verse despedidos en cualquier momento; ya que, como es notorio, la ausencia de contrato -temporal o indefinido- coloca al empleado en una silla eyectable, produciendo la presión de un futuro incierto. Estos personajes, obligados a vender su fuerza para sobrevivir, tienen que sufrir en silencio como estoicos. Porque, el derecho de asociarse o la organización sindical no se permite en un régimen dictatorial, cómplice probado de los trastornos perpetrados por el patronal. Entonces, explotados por sus empleadores, abandonados por el Estado, “los peones mueren de hambre” (Delibes, 1998: 153).

En cuanto a las criadas, llevan un pesado fardo, teniendo la responsabilidad de ejecutar la casi totalidad de las faenas domésticas. Por eso, trabajan sin descanso, bajo la mirada insensible e insolidaria del ama. Estas difíciles condiciones de trabajo no son más que la punta del iceberg. En efecto, el lector quedará sorprendido y estupefacto cuando se entere del deplorable sueldo que recompensa los esfuerzos de la criada. Es Carmen quien nos informa, reconociendo que el sueldo mensual de la criada de su difunta madre ascendería a los “veinte duros” (Delibes, 1998: 129).

Sin embargo, las injusticias sociales no se limitan al ámbito urbano; ya que Delibes, aunque nativo de Valladolid, “denuncia y describe en primera persona la pobreza y la injusticia que dominaban los barrios bajos y las regiones más miserables de España” (Cano Ballesta, 2010). Así,

el campesinado (grupo social formado por los campesinos) se ilustra por cierta singularidad, al no trabajar bajo la tutela de un patrón. Esto es, son *propietarios* de sus tierras. Pero, no cabe duda de que la superficie agraria quedará menos rentable, si no la siguen medidas de acompañamiento. Estas son de la incumbencia del régimen que, a su vez, da muestra de una huida de responsabilidades: es la irresponsabilidad estatal. Por consiguiente, abandonados a su suerte, “los paletos viven en condiciones infrahumanas” (Delibes, 1998: 153).

Las injusticias sociales toman cada vez más un giro ascendente con el número creciente de hijos de campesinos, verdaderas víctimas de la desigual cartografía escolar. La mayoría de ellos no frecuentan la escuela, o la dejan temprano. Tales realidades no hacen sino fomentar las disparidades espaciales, confinar al campesinado en su estado casi natural e impedirle todo acceso al progreso. De hecho, la condición de existencia del hombre rural es casi un leitmotiv en el mundo literario de la España franquista, como lo hace saber Ignacio Soldevila Durante al confirmar: “El escritor de la posguerra se ha tenido que confrontar con una realidad particularmente sensible: la del hombre primitivo, elemental, del campo, cuya vida está por sistema sometida a la marginación y al subdesarrollo. Estos hombres no cuentan para nada a la hora de las decisiones que afectan a la comunidad” (1982: 132).

Que sean presos, discapacitados mentales, peones, criadas o campesinos, sus diversas condiciones de vida se encuentran en la encrucijada de la miseria social. El sistema, por su parte, después de condenar a estos individuos recién enumerados a vivir en un infierno terrenal, se muestra refractario, digamos alérgico, a toda práctica o convicción doctrinal diferente u opuesta a la cultivada: de allí surge la intolerancia política y religiosa.

#### **2.4 La intolerancia religiosa y política**

La intolerancia no es sino la antítesis de la tolerancia. Esto es, la imposibilidad de aceptar o la incapacidad de respetar las prácticas y visiones ajenas. Hoy en día, la falta de tolerancia es la base de un sinnúmero de agitaciones notadas en varios lugares de nuestro planeta. Entonces, la intolerancia, tal como aparece en *Cinco horas con Mario*, se planifica cuando la Guerra Civil y se materializa en el periodo que sigue la victoria franquista. Por eso, el año 1939 marca un final y un principio en la historia de España: apenas se finaliza la Guerra cuando se instala la

represión premeditada. Esta, iniciada al nivel político, se prolonga hasta el ámbito religioso.

En realidad, se ha discutido tanto sobre la cuestión conyugal e ideológica que se plantea en *Cinco horas con Mario* que parece fácil minimizar u olvidarse de la realidad política expuesta por Miguel Delibes. En efecto, como lo recuerda Amparo Medina-Bocos, a través del comportamiento de Carmen, el autor realiza “la radiografía de un régimen y de su historia [...]. Pero, es sobre todo la forma, elegida en función de la realidad que quería comunicar, el elemento que indica, más allá del mensaje psicológico y social que se contiene en «lo dicho», el alcance político de la obra” (1989: 37-38).

Por consiguiente, el estudio del presente subcapítulo nos obliga a recurrir a la historia contemporánea, en la medida en que el carácter realista domina y casi oculta lo literario. Miguel Delibes no deja de sorprender al lector cuando evoca, en la trama, a altas personalidades políticas como “Alcalá Zamora, Lerroux y Manuel Azaña” (Delibes, 1998: 123). La alusión a dichas figuras, no menos emblemáticas, nos aparta cada vez más del mundo ficticio, haciéndonos pensar en la época anterior a la Guerra Civil: la Segunda República. ¡Una verdadera historiografía!

Sin embargo, estas tres personalidades, grandes perdedores del aludido conflicto interno, no vienen presentadas como víctimas. En cambio, son sus partidarios y simpatizantes los que están en el punto de mira del régimen recién instalado: es la justicia de los vencedores, por no decir la política de venganza. Para mejor ejecutar su plan liberticida, las nuevas autoridades instauran el partido único (El Movimiento Nacional) precedido por una batería de medidas que Santos Juliá nos detalla:

Tal fue el programa del Nuevo Estado. Su léxico es revelador: erradicar, depurar, purgar, expurgar, liquidar, borrar, quemar, arrancar, destruir, abominar, arrumbar, suprimir. [...] No fue eso el único instrumento de la legalidad represora. El 9 de febrero de 1939 se publicó la Ley de Responsabilidades Políticas, aplicable [...] a todos los que hubieran pertenecido a sindicatos y partidos políticos del Frente Popular. (2007: 156)

Es, pues, el comienzo del calvario de los republicanos, comúnmente llamados los *rojos*. Pero, en *Cinco horas con Mario*, además de los políticos, llevan el título *rojos* todos los intelectuales y analistas políticos

que no siguen la orientación definida por los franquistas. Por eso, Amparo Medina-Bocos nos descifra la terminología de esta palabra de connotación peyorativa, en adecuación con el entendimiento del personaje principal: “En el esquema de Carmen Sotillo, “rojos” son todos los que hubieran sido partidarios de Lerroux o Alcalá Zamora, quienes, alguna vez, hubiesen agitado la bandera tricolor, pero, en general, aplica el calificativo a quienes tengan ideas avanzadas” (1989: 105).

Una vez identificados los llamados *rojos*, se inicia una verdadera represión. Lo peor es que el gobierno se vale de un *método retrospectivo* más conocido bajo el nombre de *aplicación retroactiva de la ley*. Es decir, las víctimas ya no son perseguidas por *culpas* cometidas en la actualidad, sino por sus actos o posiciones anteriores. En efecto, siendo la victoria cada vez más segura, los franquistas empiezan a hacer un repertorio de individuos sospechados de pertenecer a la otra banda. Las penas de cárcel, las confiscaciones de bienes, las multas, la violencia verbal y las discriminaciones laborales no son sino sentencias mínimas, comparadas al carácter tremendo de los fusilamientos. Así es como José María, hermano de Mario, es matado a sangre fría por sus supuestas convicciones republicanas. Su asesinato, como queda sugerido, es el resultado de su colaboración con los republicanos cuando los años anteriores a la Guerra Civil. Por eso, la siguiente afirmación de Carmen es muy reveladora:

Tu hermano estaba fichado mucho antes, Mario, reconócelo. Oyarzun, que estaba enterado de todo, yo no sé de dónde saca el tiempo, me ha dicho [...] que había testigos que vieron a José María en el mitin de Azaña en la Plaza de Toros y en abril del 31 dar vivas a la República, agitando la bandera tricolor como un loco, Mario, que eso es peor (Delibes, 1998: 80).

Esta represión política será más penosa una vez que la Iglesia, abandonando su misión humanitaria, decida unirse al poder temporal. A decir verdad, una de las características más notorias del régimen de Franco es la total complicidad, el perfecto entendimiento entre lo político y lo religioso; o, digámoslo mejor, la completa sincronía del régimen con la Iglesia católica. De esta simbiosis Iglesia-Estado nace el Nacionalcatolicismo: «Doctrina y prácticas de la iglesia católica en el terreno político durante la época franquista, apoyadas y difundidas por el Estado dictatorial», según lo define *El Gran Diccionario de la Lengua Española*. Dicha interferencia religiosa en la organización del sistema

político, realidad nacional e histórica, es tan desfavorable a las minorías que el Catedrático de Historia Contemporánea, Juan Vilar Ramírez, no puede evitar recordarla al animar una conferencia en el Instituto Arrupe-Ayuntamiento en la Universidad de Sevilla: “Toda minoría política, religiosa o cultural difícilmente puede hallar acomodo en un contexto de uniformidad político-confesional como el introducido en España en 1939” (2001:266).

Las primeras víctimas de esta complicidad lograda, verdadera *pareja liberticida*, son los comunistas. En efecto, más allá de una mera ideología política, el Comunismo se considera como una doctrina anticlerical. Así, los comunistas, además de ser adversarios políticos del nuevo régimen, serán calificados de *enemigos de la Iglesia*, al igual que los masones. Por consiguiente, “A partir del 1 de marzo de 1940, la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo permitía perseguir a todos aquellos que sembraren ideas disolventes contra la religión” (Juliá, 2007: 156).

Sin embargo, si los comunistas y masones son víctimas de sus ideologías, los judíos y la minoría evangélica sufren por pertenecer a obediencias acatólicas. En realidad, nacer o ser protestante en una nación civilizada de referencia católica como la España descrita en *Cinco horas con Mario* es casi un crimen, un desafío a la autoridad eclesial. Allí, la Iglesia es alérgica a toda revolución. Por consiguiente, la represión religiosa es, ante todo, fruto de un sentimiento anti protestante. Así es como Carmen, conformándose con las crueles sentencias reservadas a la minoría evangélica, advierte y amenaza a su marido:

Si es cierto lo que dice Higinio Oyarzun de que te reunías los jueves con un grupo de protestantes para rezar juntos, pero si sin ir a buscarlo alguien me lo demostrase [...] hazte a la idea que no nos hemos conocido, de que nuestros hijos no volverán a oírme una palabra de ti, antes prefiero [...] que piensen que son hijos naturales [...] que decirles que su padre era un renegado. (Delibes, 1998: 76)

Dada esta confirmación, nos atrevemos a deducir que los protestantes y los judíos están en el mismo saco. Si los protestantes son considerados como disidentes religiosos o traidores, los judíos son estigmatizados y tachados de enemigos históricos de la Cristiandad: es el antisemitismo, “doctrina o actitud de hostilidad sistemática hacia los judíos”, según *El Pequeño Larousse Ilustrado*. Pero, cabe subrayar que este odio, alimentado contra los judíos, no va sin justificaciones,

fundadas o erróneas. Sea lo que sea, el pueblo judío no deja de sufrir la ira fulminante de algunos católicos a través del mundo occidental. Un ejemplo reciente y no menos trágico ocurrió en los años cuarenta del siglo precedente, con la exterminación de seis millones de judíos en los campos de concentración nazi. Tal crueldad, digamos esta inhumanidad, no choca siquiera a Carmen, quien la toma por una lógica venganza sobre los *semitas*, y nada más. Así, para justificar su resentimiento, recuerda a Mario la *barbarie* provocativa ejercida por el pueblo judío sobre el Cristo: “Pero, ¿es que vamos a olvidarnos, cariño, de que los judíos crucificaron a Nuestro Señor?” (Delibes, 1998: 77)

Ante tales obstáculos, las minorías protestante y judía tienen que profesar de manera discreta y en la mayor clandestinidad. Pero, un hecho casi inverosímil merece ser expuesto. En efecto, la ausencia o inexistencia de libertad de culto y de pensamiento alcanza su punto culminante cuando los librepensadores se ven obligados a ir a misa, no por vocación religiosa (ni pensarlo), sino para escaparse de las duras leyes vigentes que van de la mera destitución al asesinato. Menudo pretexto para vivir tranquilo en una sociedad católica hasta la médula espinal, como lo subraya Carmen: “Precisamente, los librepensadores se distinguen por eso, porque no lo parecen, se van metiendo sin darte cuenta y te dan el pego, que si fueran por allí chillando a voz en cuello «yo soy librepensador», les cerrarían todas las puertas, lógico, como los comunistas”. (Delibes, 1998: 67)

Todos estos datos reunidos no hacen sino corroborar la tesis de una falta total de tolerancia en los medios religiosos de la España de posguerra civil, representada en *Cinco horas con Mario*. Allí, la sola y única doctrina que vale es el Catolicismo. Entonces, para vivir feliz, tenemos que ser católicos; de lo contrario, somos *enemigos de la Iglesia*, listos, por lo tanto, para afrontar la dura realidad incansablemente evocada por Carmen. Por eso, la observación de Monique Joly está llena de sentido: “Dans ce monde, les hétérodoxes sont traqués, métamorphosés en animaux, dans l’indifférence la plus totale de ceux qui, comme Menchu (Carmen), ne remettent jamais en cause leur vision de l’univers”<sup>3</sup> (1979: 267).

---

<sup>3</sup>“En ese mundo, los heterodoxos son acosados, metamorfoseados en animales, en la indiferencia más total de los que, como Menchu, nunca ponen en tela de juicio su visión del universo [...]”. [La traducción es nuestra]

A pesar de todo, esta serie de represiones o represalias, tomada bajo un ángulo realista, ocurrió durante las dos primeras décadas de la dictadura. Porque, como ya es sabido, a principios de los años sesenta, el mundo católico conoció una revolución que iba a cambiar el esquema ya tratado. En efecto, el Concilio Vaticano II, estipulando en su tercera declaración que “La Iglesia mira con estima a las demás religiones, porque contienen una parte de verdad. Rechaza toda discriminación racial o religiosa” (Vaticano II. 1962-1965), no ha podido sino tener un impacto positivo en las relaciones de la Iglesia con los acatólicos en el mundo en general, y particularmente en España. Entendamos por esta declaración que, detrás de cada religión, se oculta un humanismo, si, evidentemente, la practicamos bien. Entonces, Consciente de la muerte anunciada del Nacionalcatolicismo, o del divorcio inminente de la pareja Estado-Iglesia, el gobierno adoptó la *Ley de Libertad Religiosa* en 1967, un año después de la primera publicación de *Cinco horas con Mario*.

## CONCLUSIONES

En definitiva, *Cinco horas con Mario* es una obra con la que Delibes, aprovechando el monólogo de una viuda que acaba de perder a su marido, lleva al lector a un viaje inicial y apasionante al seno de la España franquista. Más allá de la historia de una pareja, la obra resulta ser la fotografía de una sociedad en que las injusticias, nacidas de una jerarquización desequilibrada, ocasionan una inestabilidad que se manifiesta en diversos sectores. En dicha sociedad, los más fuertes, protegidos por leyes y normas, pisotean a los más débiles. Al mover los defectos individuales hacia los colectivos, Delibes critica el sistema social, único responsable de las injusticias como lo explica Pavón García:

La nueva literatura despersonaliza, achacando el motor de la injusticia no a tal o cual casta social, sino a la sociedad entera. [...] No se trata de vicios personales, sino de vicios colectivos. No es por una deformación de grupo o secta, y sí de la sociedad entera forzada de raíz por unas concepciones estrechas, injustas, antes fruto del natural e instintivo afán de lucro con que el hombre se ha desenvuelto desde el mismo origen de la sociedad humana. (1962: 128)

Sin embargo, sus consideraciones humanitarias y su experiencia de viajero hacen que Delibes suela cruzar las fronteras españolas para

dirigirse a cualquier lector de cualquier nacionalidad. A decir verdad, a pesar de las alusiones a España, Delibes lucha contra “los males del capitalismo paternalista en general” (Brown, 1991: 145). Una orientación literaria que confiere a su obra cierta universalidad, en la medida en que, a través de los temas sociales, interpela al mundo entero.

## FINANCIACIÓN

Esta investigación no recibió ninguna financiación externa.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, David y Morán, David (2008), *El Pequeño Larousse Ilustrado*, Barcelona, LaRousse Editorial.
- Alcalá Arévalo, Purificación (1991), *Sobre recursos estilísticos en la narrativa de Miguel Delibes*, Extremadura, Caja de Salamanca.
- Brown, Gerard (1991), *Historia de la Literatura Española: El siglo XX*, Barcelona, Editorial Ariel.
- Cano Ballesta, Juan (2010), “Miguel Delibes testigo solapado de una época: «Cinco horas con Mario»”, en María Pilar Celma y José Ramón González (eds.), *Cruzando fronteras: Miguel Delibes entre lo local y lo universal*, Valladolid, Universidad de Valladolid-Cátedra Miguel Delibes, pp. 35-44
- Cantero, Violeta M., y Williamson, Guillermo (2009), “Movilidad Social Intergeneracional por origen étnico: Evidencia Empírica Región de La Araucanía, Chile”, *Revista UNIVERSUM*, 24 (1), pp. 22-39.
- Carlos Jiménez, Juan, Fusi, Juan Pablo, García Delgado, José Luis y Juliá, Santos (2007), *La España del siglo XX*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- Casares, Julio (1959), *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- Delibes, Miguel (1998), *Cinco horas con Mario*, Barcelona, Destino.

- Escarpit, Robert (1970), *Le littéraire et le social: Éléments pour une sociologie de la littérature*, Paris, Flammarion.
- Gil Casado, Pablo (1975), *La novela social Española*, Barcelona, SeixBorrall.
- Hickey, Leo (1968), *Cinco horas con Miguel Delibes: el hombre y el novelista*, Madrid, Editorial Prensa Española.
- Joly, Monique (1979), *Panorama du roman espagnol contemporain (1939-1975)*, Montpellier, Centre d'Études et de Recherches Sociocritiques.
- Larraz, Fernando (2009), Aspectos ideológicos en *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes, *Revista Chilena de Literatura*, núm. 14, pp. 213-223.
- Martí Antonio, María (2003), *Gran Diccionario de la Lengua Española*, Barcelona, SPES Editorial.
- Medina-Bocos, Amparo (1989). *Guías de lectura: Cinco horas con Mario*. Madrid: Alhambra.
- Moliner, María (1994), *Diccionario de Uso del Español*, Madrid, Editorial Gredos.
- Pavón, García (1962), *Teatro social en España*, Madrid, Taurus.
- Revista Ventanal (1984), *Especial Miguel Delibes*, Perpiñán: Universidad de Perpiñán, n.º 8.
- Rodríguez, Jesús (1979), *El sentimiento del miedo en la obra de Miguel Delibes*, Madrid: Editorial Pliegos.
- S.E.S.C.E.C.A. (1978), *Comentario sociológico: estructura social de España*, Madrid, Edica, n.º 21-22.
- Soldevera Durante, Ignacio (1982), *La novela desde 1939: historia de la literatura española actual*, Madrid, Alhambra.

Vaticano II. 1962-1965 disponible en  
[http://www.mercaba.org/CONCILIOS/C\\_21.htm](http://www.mercaba.org/CONCILIOS/C_21.htm)

Vilar Ramírez, Juan Francisco (2001). *Los protestantes españoles: la doble lucha por la libertad durante el primer franquismo (1939-1953)*, *Anales de Historia Contemporánea*, 17, pp. 253-300.  
Disponible en:  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=236835>